



Los inicios de la escritura en el niño

Cristina de León | Maestra. Licenciada en Psicomotricidad. Directora de la Licenciatura de Psicomotricidad del Instituto Universitario CEDIIAP.

La escritura es un tema muy vasto y puede ser tratado desde diferentes puntos de vista.

Los historiadores nos hablarían del paso fundamental que dio la humanidad como especie, al aparecer esta modalidad tan particular de expresión, comunicación y registro. A tal punto fue importante que precisamente es la escritura la que marca el pasaje de la prehistoria a la historia.

Es considerada tan importante, porque es a partir de ahí que nuestros antepasados comienzan a dejar registro de sus vidas, de sus luchas, de sus modos de pensar, de sentir. También porque marca un hito en la evolución de la inteligencia humana: el haber llegado a determinado nivel de abstracción y generalización.

Si relacionamos lo anteriormente dicho con lo que significa, desde el punto de vista de la evolución del niño, el acceso a la posibilidad de escribir, podemos deducir que, si a la humanidad le llevó siglos este logro, para el niño es también un paso de gran trascendencia. Para dar ese paso necesita hacer un proceso, a través del cual va construyendo estructuras psíquicas y madurando neurológicamente. Si ese recorrido no se realiza de manera adecuada, el niño no estará en condiciones de poder escribir.

Cuando el niño comienza a escribir, ya sea espontáneamente o porque el adulto lo propone, muchos factores se ponen en juego.

En primer lugar, no debemos olvidar que la escritura es una forma muy sofisticada de lenguaje. Implica, por lo tanto, el deseo de comunicar. Pero es una forma muy mediatizada de comunicación, y supone haber alcanzado determinado nivel de maduración tanto desde lo cognitivo y afectivo como desde lo motor.

Cuando hablamos de maduración estamos hablando de las bases orgánicas que se van desarrollando a partir del equipamiento genético que el niño trae.

A la maduración se agregan los estímulos ambientales que, a través de las diferentes experiencias que el niño vive, lo van preparando para el acceso a la función.

Es así que se suman la maduración y la estimulación ambiental, retroalimentándose mutuamente para dar lugar al desarrollo.

Consideramos la aparición del dibujo como antecesora de la escritura.

El dibujo del niño es la expresión de las imágenes mentales que va pudiendo tener.

Es también la expresión de cierto grado de madurez motriz que permite plasmar esa imagen mental en una construcción gráfica.

Hay un momento fundamental que marca el inicio del dibujo: es el momento en que el niño descubre que sus gestos pueden quedar registrados en una superficie, ya sea a través de huellas dejadas por diferentes partes del cuerpo (sus pies sobre la arena), o mediante la utilización de algún instrumento que pueden ser sus dedos, un palo, un lápiz. Por eso decimos que *«el dibujo surge del cuerpo, de la expresividad corporal»* (de León, 2010).



Más adelante aparecen los primeros garabatos. Estos son, en un comienzo, un simple ir y venir de movimientos que se realizan desde el hombro, más adelante desde el codo, la muñeca, los dedos. Esto hace que vayan apareciendo sucesivamente garabatos desde los más primitivos a los más complejos, acompañando la maduración motriz.

Nos detendremos brevemente aquí para resaltar la importancia de las relaciones entre la actividad motriz y la representación. Afirma Piaget que ambas se retroalimentan mutuamente.

Hemos dicho que para que haya dibujo, debe haber imagen mental. Pero el desarrollo de las imágenes mentales va de la mano con el desarrollo del movimiento. Es el movimiento lo que le permite al niño explorar los objetos, y es por medio de esa exploración que, al hacerse más elaborada, va dando lugar a imágenes mentales más complejas.

Esto significa que la inteligencia debe acompañar este proceso. Es tan así que Piaget nos dice:

«El niño solo extrae del objeto lo que es capaz de construir con su propia acción y solo es capaz de construir con su acción aquello que su nivel de pensamiento le permite.»

Debemos destacar, además, que al decir que el dibujo y también la escritura son producto de un gesto, gesto que deja una huella, entramos en el complejo tema de la expresividad motriz y de la vivencia del cuerpo que determina esa expresividad motriz.

El concepto de imagen del cuerpo lo tomamos de Françoise Dolto (1986), quien nos dice que está constituida por todas las experiencias corporales que el individuo ha vivido a lo largo de su vida en sus relaciones con el entorno, y en las cuales la emoción juega un rol primordial.

Esto nos lleva a la idea sostenida fundamentalmente por de Ajuriaguerra y sus seguidores, de que el cuerpo es capaz *«de recibir, organizar y memorizar mensajes provenientes de su propio funcionamiento y del entorno en que se desarrolla»* (de Ajuriaguerra y otros, 1973).

Dichas vivencias, según Dolto, permanecen en el inconsciente, pero agrega algo que consideramos muy importante y es el hecho de que lo vivido por el cuerpo a lo largo de la vida puede hacerse presente a través de diferentes producciones del individuo, como las expresiones plásticas, musicales, etc.

Es decir que esa historia vivida por el cuerpo no permanece muda, reprimida en el inconsciente, sino que se expresa y no solo se expresa a través de las producciones mencionadas por Dolto, sino que lo hace a través de la postura, la tonicidad, las expresiones faciales, los ritmos de acción. O sea que el cuerpo “habla”, nos cuenta su historia, nos dice cómo se siente en cada momento.

Pero no debemos olvidar que el grafismo es un acto motor. Se requiere del niño, además de todo lo dicho anteriormente, una madurez determinada de los sistemas que hacen posible el movimiento.

En las primeras etapas, después de que el niño descubre que determinados gestos pueden dejar una huella que permanece en el tiempo, que queda plasmada, como ya dijimos, van apareciendo sucesivamente garabatos, desde los más primitivos a los más complejos, acompañando la maduración motriz.



Figura 1

Como vemos, la Figura 1 nos muestra la etapa más primitiva del garabato. Es cuando el movimiento se realiza a partir del hombro o del codo. En cambio, la Figura 2 muestra una etapa que supone la madurez de movimientos más distales, a partir de la muñeca o de los dedos.



Figura 2

Las diferentes etapas en la evolución de la construcción del espacio se reflejan en el desarrollo del dibujo del niño.

Veamos a continuación, a través de los dibujos que presentamos, cómo estos van evolucionando a medida que se va dando la mencionada construcción del espacio (Piaget, 1948).



Figura 3



Figura 4

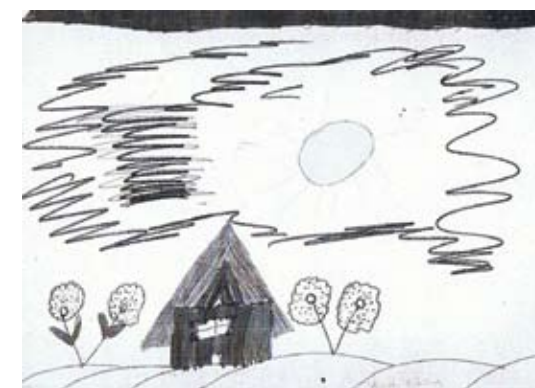


Figura 5



Figura 6



Figura 7



Figura 8 - Primeros intentos de perfil



Figura 9

Los dibujos de las Figuras 3 y 4 suponen la capacidad de representar relaciones topográficas; los dibujos de las Figuras 5, 6 y 7 ya requieren el dominio de las relaciones euclidianas; y las Figuras 8 y 9, más complejas, requieren haber accedido al pensamiento operatorio.

En la Figura 8 aparece el primer perfil totalmente logrado por esta niña. Esto significa algo muy importante en lo que se refiere al desarrollo cognitivo: es el acceso al pensamiento operatorio, a la posibilidad de realizar operaciones, movimientos de las imágenes mentales, en los que entra en juego el espacio. Significa ubicarse en determinado punto del espacio (a nivel mental) y desde allí ir construyendo los diferentes elementos de la figura, tal como se verían desde ese lugar.

Lo observado anteriormente nos permite ver cómo el movimiento, la inteligencia y la afectividad se van desarrollando, entrelazándose entre sí, influyéndose mutuamente de manera tal que no podemos separar una de otra.

El dibujo no es un calco del espacio físico, sino que, para dibujar, el niño necesita ir realizando una abstracción de las formas, lo que significa una verdadera reconstrucción de las mismas a partir de sus propias acciones, realizadas primero en el espacio sensoriomotor y luego en el espacio mental y representativo.

Pero volvamos a la escritura. La escritura es, como sabemos, una praxia. Una praxia es un movimiento complejo, o mejor, una secuencia de movimientos, que son planificados, organizados en el tiempo, aprendidos y que se automatizan mediante la repetición (Rebollo, 2003).

Dentro de las praxias, consideramos a la escritura como una praxia constructiva. Esto quiere decir que es una actividad que implica organizar las relaciones espaciales de los objetos entre sí. En lo que se refiere al acto gráfico, llamamos objetos a los trazos de que se compone la grafía.

Creemos que todo lo expresado anteriormente, da idea de la complejidad a la que nos enfrentamos cuando pretendemos que un niño escriba.

Todos sabemos que, en la actualidad, los niños en general están muy estimulados y que muchos de ellos comienzan espontáneamente a copiar letras, combinar palabras con dibujos, etc.

Pero pongo énfasis en el hecho de que para poder llegar a ello, el niño tiene que estar estimulado.

Muchos colegios privados y, ¡por fin las escuelas públicas de Educación Inicial!, han ido entrando por el camino de la Educación Psicomotriz.

La Educación Psicomotriz es un área de la Psicomotricidad, encaminada a hacer lo más ricas posibles, las experiencias mencionadas que suponen el desarrollo neuromotor, la construcción del esquema corporal, el tiempo y el espacio. También va encaminada a lograr que el niño haga un tránsito fundamental que le permita controlar suficientemente sus emociones y proyectarlas en forma simbolizada a través del dibujo, las construcciones y la escritura. Apunta, además, a que el pequeño pueda pasar de la capacidad de jugar a la capacidad de trabajar.

Últimamente, en algunas instituciones educativas, los psicomotricistas y a veces los maestros, o ambos profesionales realizando una acción conjunta, proponen actividades preparatorias para acceder a la escritura.

Se trata de un trabajo que se realiza con niños de 5 años que, en general, han hecho su proceso en Educación Psicomotriz.

El objetivo es estimular el desarrollo de aspectos perceptivo-visuales, la postura, el tono, la prensión del lápiz, y desarrollar el gusto por las actividades grafomotrices.

Se ofrecen materiales como pinturas, pasta de modelar, marcadores, goma de pegar. Si se logra presentar estos materiales de forma atractiva para los niños, ellos mismos sentirán el deseo de experimentar con ellos.

Así se van logrando ajustes posturales, una mayor precisión a nivel de la habilidad manual, la coordinación óculo-manual, la disociación del movimiento, la regulación tónico-muscular, la capacidad de adaptarse al reducido espacio de la hoja escolar (Henig, Paolillo, 2001).

Como vemos entonces, la enseñanza de la escritura es algo que requiere un itinerario sumamente complejo. Recién cuando se ha cumplido con este proceso de desarrollo global, podemos decir que el niño está en condiciones de escribir.

Si, como sucede en algunos casos, se le imponen al niño exigencias desmedidas, que no se adaptan a su nivel de desarrollo, se van a desarrollar determinados fenómenos que pueden ser la causa de futuras patologías.

En primer lugar destacamos el peligro de exponer al pequeño a situaciones frustrantes, que pueden repercutir en su autoestima e ir generando un cuadro psicopatológico que puede afectar el funcionamiento general del niño, y que no se desarrollará si se está atento a su nivel de maduración y se le respeta dándole un tiempo.

En segundo lugar se desarrollarán hábitos motrices que perjudicarán en el futuro el normal desarrollo de esta praxia: hipertonía de acción, posturas inadecuadas, mala prensión del lápiz. Estos hábitos, una vez establecidos, son casi imposibles de corregir aun realizando un adecuado tratamiento psicomotor.

Otro tema a destacar es la dificultad a la que se enfrenta al niño cuando se intenta enseñarle a la vez, diferentes tipos de letra (cursiva, *script*, imprenta mayúscula).

Cada una de las modalidades de escritura mencionadas supone diferentes tipos de relaciones espaciales y un tipo de exigencia en cuanto a la precisión del movimiento también distinta.

Se hace necesario, entonces, prestar mucha atención a cada niño en particular, ya que no todos están en condiciones iguales a la misma edad.

El problema se plantea cuando se imponen las exigencias en edades tempranas. Habrá seguramente niños que pueden enfrentarlas sin ningún problema, pero habrá otros que, sin tener un retraso en su desarrollo, van transitando más lentamente los procesos previos necesarios, y corren el riesgo de llegar a presentar dificultades que se podrían perfectamente evitar. ☹

Bibliografía citada y consultada

- DE AJURIAGUERRA, J.; AUZIAS, M.; DENNER, A. (1973): *La escritura del niño I. La evolución de la escritura y sus dificultades*. Barcelona: Ed. Laia.
- DE LEÓN, Cristina (2010): *Las Alteraciones Psicomotrices. Diagnóstico en Psicomotricidad*. Montevideo: Tradinco.
- DOLTO, Françoise (1986): *La imagen inconsciente del cuerpo*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- HENIG, Ingrid; PAOLILLO, Gabriela (2001): "Talleres de educación del gesto gráfico. Una experiencia en la Unidad de Educación Inicial 'Enriqueta Compte y Riqué' (Jardines de Infantes N° 213 y N° 260)" en *Revista Iberoamericana de Psicomotricidad y Técnicas Corporales*, Número 2 (mayo). Asociación de Psicomotricistas del Estado Español y Red Fortaleza de Psicomotricidad. En línea: <http://www.iberopsicomot.net/2001/num2/2riptc.pdf>
- PIAGET, Jean (1948): *La représentation de l'espace chez l'enfant*. París: Presses Universitaires de France.
- REBOLLO, María Antonieta (2003): *La motricidad y sus alteraciones en el niño*. Montevideo: Ed. Prensa Médica Latinoamericana.